Únic@ en su género

Abrió una brecha de visibilidad para los diferentes sin ser abanderada de causa alguna, salvo la suya personal. Catalina de Erauso, pasión y gloria

MI GENOMA Y YO
ÁLVARO BERMEJO



No cabía lugar más idóneo que el convento de Santa Teresa, alzado sobre el de Santa Clara, hoy sede del KMK, para presentar nuestro libro. Cuatro siglos atrás, su protagonista, Catalina de Erauso, cruzaba las puertas de otro convento de la misma orden, en Perú, tras revelar por primera vez su identidad. No la verdadera, sino la oculta: «Soy mujer».

Así entró en la leyenda aquella Monja Alférez que nunca pasó de novicia. Y que sólo fue mujer a su pesar. Desde que se evadió de otro convento en su adolescencia, el de las dominicas, donde hoy se alza el palacio de Miramar, llevó la vida de un hombre de guerra, vistió como tal sin que nadie advirtiera su condición, sedujo doncellas, dejó una docena de cadáveres en sus duelos, incluido el de su hermano. Y pese a todo ello, en un tiempo en que la homosexualidad se castigaba con la hoguera, fue colmada de honores por el rey Planeta y recibida en apoteosis por el Papa, hasta consagrarse como un mito viviente en la Europa del XVII.

Hablamos de la donostiarra más universal de la historia. Inmortalizada por autores como Thomas de Quincey, interpretada en el cine por divas como María Félix, convertida el icono del World Gay Pride en 2017. ¿Cómo se explica tan largo olvido en su ciudad natal?

La pregunta nos interpela a todos. Hoy, a nuestra generación. Urgía reinterpretar su relevancia. De entrada, evitando someterla a un análisis retrospectivo como si fuera nuestra contemporánea. No lo fue en absoluto. Pero, ¿qué fue entonces? Un transexual avant la lettre.

Sin saber quién era, buscándose a sí mismo del viejo mundo al nuevo, hizo suyo el santo y seña de Don Quijote: «Yo soy quien soy». Única, o único, en su género. Y en todos los géneros. Siempre sola, o solo, hasta su muerte.

En su tiempo la reverenciaron como a una suerte de andrógino nimbado por el aura de lo sobrenatural. De ahí su celebridad. Una vez que decaen los honores, regresa a México para llevar la vida de un arriero. Y así muere en los altos de Orizaba, entre dos volcanes. Uno de ellos consagrado, precisamente, a una virgen guerrera indígena, Nahuani.

Curiosas simetrías de la historia. Nació en una ciudad advocada al santo cuya iconografía roza la homosexualidad, san Sebastián, el único al que se consiente representar casi desnudo. Pero fue ella quien abrió una brecha de visibilidad para los diferentes sin ser abanderada de causa alguna, salvo la suya personal. Catalina de Erauso, pasión y gloria. La que merece, la que le debemos.

Héroes a su pesar

CONSUELO ORDÓÑEZ
Presidenta de Covite

Su valentía fue silenciosa, sostenida por un principio moral simple: vivir y dejar vivir, incluso en condiciones extremas

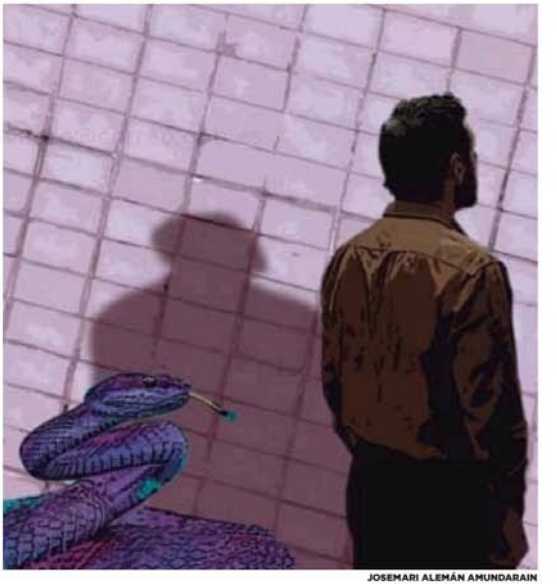
Hasta hace bien poco, en Euskadi y Navarra la libertad era un bien codiciado del que solo unos pocos podían disfrutar plenamente, sin miedo a las consecuencias. Mientras la mayoría de la sociedad vivía temerosa de emitir cualquier palabra o gesto que pudiera incomodar a ETA y a su entorno político y social, hubo ciudadanos que se negaron a vivir arrodillados ante el terror. No buscaban protagonismo ni reconocimiento; solo querían vivir con normalidad. Sin embargo, en la Euskadi y Navarra dominadas por el terrorismo, esa normalidad requería a veces de una valentía extraordinaria que los convirtió en héroes a su pesar.

Para comprender el coraje de estas personas, basta con imaginar lo que significa vivir sabiendo que pueden matarte en cualquier momento: recibir cartas o llamadas que anuncian tu asesinato; ver tu nombre en una diana pintada en plena calle; sufrir acoso social o laboral, chantaje o extorsión; observar cómo las calumnias que pretenden aislarte y justificar tu posterior asesinato se propagan entre vecinos y conocidos. Y, aun así, seguir adelante. Se necesita un valor fuera de lo común para soportar todo eso y no ceder ante las exigencias de los matones. Hubo quienes siguieron con su misma vida y pagaron con ella las consecuencias.

En aquellos años, tu sentencia de muerte podía estar escrita en gestos tan simples como no negarte a que en tu bar entrasen guardias civiles, venderles pan o llevarlos en tu taxi. Siempre había un chivato cerca, alguien que observaba que no excluías a esas personas de tu círculo y se lo comunicaba a ETA. Así se decidía quién debía morir. Era un sistema de vigilancia y delación perverso que convirtió en objetivo a hombres y mujeres humildes que solo querían vivir con normalidad y no participar del sectarismo y del odio que ETA y la izquierda abertzale imponían.

Una de las primeras víctimas de ese terror sistemático y selectivo fue Carlos Arguimberri Elorriaga, conductor de autobús en Deba. Carlos sufrió amenazas durante años, la quema de sus bienes y un acoso constante. El 7 de julio de 1975, mientras llevaba a pasajeros en su autobús, dos terroristas le obligaron a salirse de la carretera y le dispararon nueve tiros por la espalda. Entre los pasajeros estaban su hermano y su hermana, testigos directos de aquel crimen atroz. Carlos no era un héroe en busca de gloria; solo quería trabajar y vivir en paz.

Cándido Cuña también supo lo que era vivir con una diana en la espalda. Era panadero y, antes de ser asesinado, ya había sobrevivido a otro atentado: en 1979 los terroristas le dispararon ocho tiros, y milagrosamente logró recuperarse. Continuó con su vida a pesar de haber recibido la amenaza más directa y explícita posible: un atentado. Cuatro años después, el 20 de octubre de 1983, dos terroristas le dispararon a bocajarro. Esa vez no sobrevivió. ETA justificó su asesinato acusándole de colaborar con la Guardia Civil. Su 'colaboración' se limitaba a venderles pan en el cuartel del pueblo.



JOSEMARI ALEMÁN AMUNDARAIN

Su integridad frente al miedo y la injusticia de sus asesinatos nos obliga a honrar su legado de convivencia

También Sebastián Aizpiri Lejaristi fue víctima de ese mismo infierno. Propietario de varios negocios en Elgoibar y Eibar, sufrió una campaña de difamación, acoso y aislamiento social. A pesar de las calumnias que ETA y la izquierda abertzale vertieron contra él, Sebastián insistió en mantener su vida y en demostrar que aquello de lo que se le acusaba era mentira. Pero el 25 de mayo de 1988 fue asesinado a tiros cuando caminaba hacia su negocio. Tras su asesinato, su hermana Ana sufrió la misma campaña de acoso por denunciar públicamente la responsabilidad de Herri Batasuna en su muerte.

Hay muchas más historias como las de Carlos, Cándido y Sebastián, que por desgracia fueron crónicas de muertes anunciadas. Sus vidas fueron amenazadas y estigmatizadas hasta culminar en sus asesinatos. Pero estos ciudadanos anónimos defendieron su derecho a vivir en libertad afrontando el terror con la dignidad que caracteriza a los verdaderos héroes. Su valentía fue silenciosa, sostenida por un principio moral simple: vivir y dejar vivir, incluso en condiciones extremas. También lo fue la de los políticos que no se callaron, que se atrevieron a señalar a los verdaderos responsables de la existencia de ETA: los líderes de la izquierda abertzale. Muchos de ellos vivieron amenazados, con mucho miedo y marginados en sus propios pueblos, pero siguieron hablando alto y claro cuando la mayoría prefería mirar hacia otro lado.

Cada vida amenazada y arrebatada nos enseña que la paz y la libertad no son regalos, sino conquistas mantenidas por el coraje silencioso de hombres y mujeres anónimos. Son nuestros héroes a su pesar, y la paz de la que hoy disfrutamos se la debemos a ellos. Su integridad frente al miedo y la injusticia de sus asesinatos nos obliga a honrar su legado de convivencia democrática y a reconocer el coraje de todos los ciudadanos —los anónimos y los que alzaron la voz— que no se doblegaron ante ETA y la izquierda abertzale. Este artículo va dedicado a todos aquellos que salían de casa por la mañana sin saber si esa noche volverían a reencontrarse con sus seres queridos.